

ESCUELAS PRIMARIAS

Organo de los intereses de la Educación Común

AÑO I.

República de Costa Rica.—América Central.

NUMERO 3.

Suscripción por 12 números, \$ 1-00.

San José, 10 de Agosto de 1892.

Números sueltos, 10 centavos.

PERSONAL DE LAS INSPECCIONES, ENCARGADO DE LA REDACCION.

SAN JOSÉ: M. Obregón L., Inspector General y de la provincia; Jesús Kurtze, Luis Loria, Pablo M. Rodríguez, Salustio Camacho, Auxiliares.—ALAJUELA: F. F. Noriega, Inspector; Rafael Obregón, Auxiliar.—HEREDIA: Próspero Pacheco, Inspector; Graciliano Chaverri, Auxiliar.—CARTAGO: F. Mata Valle, Inspector.—GUANACASTE: Antonio Gámez, Inspector.—PUNTARENAS: R. Céspedes Fornaris, Inspector.

SUMARIO.

Decreto sobre enseñanza religiosa.—Leer y escribir, I.—La Gramática en las escuelas.—Artículos pedagógicos, II.—¿A don Francisco Ulloa Mata. ¿Sabe U. leer?—Educación pública.—Conferencias sobre los deberes de los institutores primarios, II.—Lecciones de lectura, I.—Extractos de visitas, III.—Los libros.—Lo que conocemos de la tierra.—Circular á los Presidentes de Juntas Escolares.—Correspondencia.—Reproducción: Fuerza de voluntad.—Notas varias.

N. 2.

JOSÉ J. RODRÍGUEZ,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE
COSTA RICA.

Considerando:

Que la mayoría de los pueblos de la República directamente, ó por medio de los Municipios, solicita con insistencia el establecimiento de la Enseñanza Religiosa en las Escuelas del Estado, invocando al efecto la doctrina de los artículos 51 y 52 de la Carta Fundamental;

Que la instrucción religiosa es realmente indispensable para el desarrollo moral de los pueblos y con razón en la mayor parte de los países cultos se considera como base de la educación que forma el carácter del individuo, de la familia y de la sociedad;

Que en la legislación vigente no hay disposición que se oponga á esta enseñanza, cuyo establecimiento en las escuelas como asigna-

tura libre, armoniza bien con los principios de verdadera libertad;

Que el Poder Ejecutivo está autorizado en general para reglamentar las leyes y en especial para dictar las disposiciones que tiendan al mayor desarrollo de la enseñanza primaria;

No obstante lo que sobre este asunto se expuso al Congreso en 1º y 3 de Mayo próximo pasado, de mejor acuerdo, y usando de las atribuciones que se desprenden del inciso 27, artículo 102 de la Constitución, y del artículo 2º del decreto número 59 de 2 de Setiembre de 1885, y para satisfacer las legítimas aspiraciones de los pueblos,

DECRETA:

Artículo 1º—Establécese en las escuelas primarias del Estado la enseñanza del Catecismo Cristiano y de la Historia Sagrada, impartida por los respectivos maestros, con la extensión que en el reglamento, textos y programas le dé la Secretaría de Instrucción Pública, previo informe de la autoridad eclesiástica.

Artículo 2º—Esta enseñanza se dará á los alumnos de ambos sexos cuyos padres, tutores ó encargados no manifiesten por escrito, y en la forma reglamentaria, decisión en contrario.

§. Queda sin efecto el acuerdo número 81 de 13 de Junio de 1890, que en distinta forma estableció la misma enseñanza.

Dado en la Casa Presidencial, en San José, á cuatro de Agosto de mil ochocientos noventa y dos.

JOSÉ J. RODRÍGUEZ.

El Secretario de Estado en el despacho de Instrucción Pública,

MANUEL V. JIMÉNEZ.

Leer y escribir.

(Para "El Boletín de las Escuelas Primarias").

I.

La Escritura y la Lectura están íntimamente unidas. Pudiéramos decir que son el anverso y el reverso de una misma cosa: el lenguaje.

La escritura es el signo, la lectura es el sonido. Ambas interesan igualmente el espíritu, cuando por medio de la primera se comunican y por medio de la segunda se adquieren conocimientos.

Ya se lea, ya se oiga leer, los sentidos de la vista y del oído son vehículos igualmente fieles y prontos para llevar nociones al espíritu. El arte consiste en emplearlos con oportunidad y solamente para conducir útiles conocimientos.

Quien se vale de ellos para acarrear vanas palabras y conocimientos sin aplicación, bastardea los fines de la lectura; y quien los emplea en emitir ó en recoger nociones deletéreas ó corruptoras doctrinas, no merece saber escribir ni leer.

Quien lee para sí mismo, tiene bastante con entender lo que lee; quien lee para los demás necesita de otras dotes de expresión, dignas de tomarse en cuenta si se trata de hacer que se entienda al autor y de que se sienta con él.

Importante estudio es el de la cabal y distinta apreciación que de los signos de puntuación deba hacerse, ya como medidas del tiempo, ya como inflexiones de la voz. El buen lector atiende á la autoridad de cada uno, los presiente por el sentido del discurso, si es necesario, y paga tributo á cada uno sin menoscabo de lo debido á los demás.

¡Qué animación, variedad y color recibe lo escrito, por medio de la puntuación! Freno y acicate al mismo tiempo, estimula, enardece y precipita al lector, ó lo sosiega y reposa, corta su voz, calma su tono y modera su carrera.

La comparación por sí misma se ofrece: un lector sin puntuación es un potro sin riendas.

El lector debe apoderarse con exactitud de las ideas escritas, assimilarlas á su inteligencia, y, si lee para otros, reflejarlas precisa y fielmente en el ánimo de sus oyentes.

Imposible es que lea y se haga entender bien quien no entienda lo que lee.

Podría, tal vez, sostener su acción de máquina durante cierto tiempo, tratando de ciertos asuntos y delante de cierto auditorio. Pero llegaría un punto en que la inconsciencia de su espíritu traspasaría sobre su voz; y entonces, tono, semblante y actitud desdirían de sus palabras, desorientando al auditorio, á pesar de la más ciega obediencia á los signos de la puntuación.

Y si esta reflexión puede aplicarse al simple lector ¿qué no podría decirse con referencia á quien recita y á quien declama?

La inteligencia de la lectura, como primera condición del lector, ha de subordinar á todas las demás.

Aparte de lo inútil que sería para quien sólo para sí leyera, el no entender lo leído, podría llegar á serle nocivo por lo expuesto á sugerir del asunto una noción absurda.

Quien lee sin entendimiento hace como el que come sin digestión: ó no se alimenta, ó se empacha. Y si lee para otros, con no tener inteligencia de lo escrito en correspondencia con el tono, la actitud &, corre el peligro de hacer el risible papel representado en aquel casero juego de prendas vulgarmente llamado "predicar por manos ajenas."

Aparte de esta fundamental condición del buen lector, la mala voz, la pronunciación defectuosa, la exageración ó la debilitación del concepto, ó lo hacen empalagoso, ó ridículo.

Hay quienes leen con tanta monotonía, que llaman el fastidio; quienes lo hacen con modo tan pedantesco, que provocan la risa: quién precipita el discurso de manera que fatiga á los oyentes; quién lee tan despacio que los impacienta y estimula á anticipar las palabras por salir de una boca que parece una máquina que trabaja en frío.

Tanta es la importancia de saber leer y escribir, tanta ha de ser la aplicación del Maestro para enseñar con acierto y fruto á sus discípulos estas preciosas artes que, como he dicho, no son sino dos fases de un mismo estudio.

Qué apreciable beneficio es el de enseñarlas á la juventud! En cambio, y con la misma lógica, debemos aceptar que es un perjuicio incalculable el que aquella re-

cibe en no aprenderlas ó aprenderlas tan mal que no pueda sacar del aprendizaje el consiguiente provecho.

De aquí la notoria responsabilidad del Maestro que no busca los medios de favorecer la adquisición de artes tan útiles: del que tiene á sus discípulos abandonados á sus propios esfuerzos durante meses enteros sofeando la misma lección: del que les enseña á conocer las letras sólo por el nombre y no por su sonido en la combinación de unas con otras: del que no explica la significación de las palabras desconocidas: del que no enlaza y combina los ejercicios de la lectura y la escritura: del que no hace que sus alumnos manifiesten con palabras suyas el sentido de lo que han leído; en fin, del que no enseña á leer entendiendo y á escribir pensando, y así los deja expuestos á que en el día del axamen, después de la lectura maquinal y corrida de un escogido trozo, se les pueda decir lo que al mono de la fábula:

¿“De qué sirve tu charla sempiterna
Si tienes apagada la linterna?”

Cartago, 6 de Agosto de 1892.

FÉLIX MATA VALLE.

La Gramática en las escuelas.

(DE UN LIBRO INÉDITO).

Entre los errores que la pedagogía moderna no ha logrado aún desterrar de los centros de enseñanza, ninguno más pernicioso que el método adoptado generalmente para el estudio del idioma patrio.

Pocas son las naciones que ajustan los programas de esta asignatura á un plan racional y adecuado á la inteligencia de los niños: en la mayor parte de ellas la enseñanza de la lengua se reduce á fórmulas, definiciones y reglas abstrusas que malogrando los esfuerzos del maestro, sólo consiguen inspirar fastidio invencible á los escolares.

Y no podía suceder de otra manera. Si los niños se inclinan naturalmente á las cosas que de un modo directo mueven su corazón, despiertan su inteligencia ó prestan alas á su imaginación; si únicamente escuchan con agrado lo útil, lo inteligible, lo que cae bajo el dominio de sus inexpertas facultades ¿qué mucho que profesen ojeriza á las consideraciones metafísicas con las que se pretende enseñarlos á hablar? ¿qué interés podrá tener para ellos la embrollada nomenclatura gramatical, cuya utilidad no com-

prenden, ó la conjugación esquemática de un verbo cuyas formas no tienen para ellos valor alguno ideológico? Entre nosotros por ejemplo, los estudiantes aprenden de memoria las conjugaciones completas sin saber emplear acertadamente los diversos tiempos, algunos de los cuales, como los dos futuros de subjuntivo, son del todo desconocidos para nuestro pueblo.

Recuérdese, dice Bernardino de Saint Pierre, *que no aprendimos á hablar por medio de la gramática, así como no aprendimos á andar estudiando las leyes del equilibrio.*

El aprendizaje del idioma, en efecto, debe ser esencialmente práctico y fundarse en ejercicios que enseñen su uso antes que su filosofía; comenzar por ésta es caer en el mayor de los absurdos.

Convencidos de tal verdad, algunos profesores idearon un nuevo rumbo que condujese á resultados más positivos sin violentar la naturaleza de los escolares. Desde entonces comenzaron á aparecer las gramáticas llamadas *prácticas*, que tomando por mira la corrección del habla vulgar, comparan las voces y locuciones viciosas del pueblo con las propias y elegantes de los buenos hablistas.

Hé aquí, á mi juicio, los inconvenientes de este nuevo método:

1. Con las gramáticas críticas se obtiene apenas una enseñanza parcial, pues nunca sucede que todos los alumnos incurran en todas las faltas que se censuran.

2. La enmienda de errores ajenos es más perjudicial que útil, porque presentando al niño dos formas de una misma palabra para él desconocida, confunde con frecuencia el término incorrecto con el castizo.

3. Los ejemplos sacados de los clásicos para autorizar una opinión son casi siempre frases truncadas, desprovistas de sentido, y que, por consiguiente, nada dicen á la inteligencia de los educandos. Lo propio acontece con los ejercicios de cacología y cacografía, que consisten en pasajes de obras clásicas, viciados intencionalmente para que los alumnos los corrijan. Como los niños atienden ante todo á las ideas, no paran mientes en la sutileza de dichos ejercicios, se cansan de tan vana palabrería y pierden lastimosamente el tiempo.

De lo dicho se infiere que las gramáticas mal llamadas *prácticas*, provechosas sin duda para escritores y maestros, no pueden adoptarse como obras de texto en las escuelas, porque suponen, lo mismo que las teóricas, desenvolvimiento intelectual y conocimientos muy superiores á los de los alumnos.

¿Pero entonces, se me dirá, cuál es el método más racional y práctico para la enseñanza del idioma?

Antes de responder á esa pregunta, permítaseme una comparación.

El que, proponiéndose cultivar una planta, se limitase á estudiar sus caracteres científicos y su clasificación botánica, ó á podarla cuidadosa-

mente, adquiriría en el primer caso, útiles conocimientos, y en el segundo contribuiría al resultado de la cosecha; pero si ha olvidado los factores esenciales del terreno, abono y riego, jamás obtendrá buenos frutos.

Ahora bien, la gramática teórica ó de clasificación es la botánica del idioma; la gramática crítica, escardando el habla vulgar de las corruptelas que la afean, limando las frases y atildando las expresiones, puede compararse con la poda; falta lo principal, los medios que han de emplearse para desarrollar la planta y hacerla productiva.

No se puede enseñar á hablar sin enseñar á pensar y á sentir.

“El lenguaje, dice Max Müller, es como la planta, que no puede subsistir por sí sola: necesita un suelo para arraigarse, y ese suelo es el alma humana.”

Si dando de mano á teorías estériles y reglas superfluas comenzaran los maestros por extender paulatinamente el reducido vocabulario de los niños, por medio de conversaciones adecuadas, lecturas y ejercicios escritos, continuando en la escuela las lecciones objetivas que da la madre en el hogar, si enseñaran, no los principios filosóficos de la lengua, sino el uso y valor de sus formas, verían coronados sus esfuerzos por el éxito más brillante.

Palabras antes que reglas, ideas antes que palabras. Tal ha de ser la divisa del maestro.

C. GAGINI.

ARTICULOS PEDAGÓGICOS.

II.

LECCIONES DE COSAS.

La educación del niño principia desde la cuna. La propia experiencia, á pesar de lo incipiente de sus tiernas facultades, secundada por los solícitos cuidados de la madre, le va dando multitud de conocimientos, que son perdurables en el curso de su vida. La que le dió el sér, por medio del amor, lo va, pues, educando prácticamente y va dirigiendo sus vacilantes pasos. Esta educación es la más perfecta que recibimos, porque es práctica y guiada exclusivamente por la naturaleza y por el interés de la madre que, para el caso, no tiene necesidad de instrucción de ninguna clase, porque visto está que desde la más ilustrada dama hasta la más palurda é ignorante aldeana, ponen en perfecta aptitud á sus hijos para entrar de lleno en los rudos combates de la vida. Ninguna posición, ninguna dignidad, como tampoco la ignorancia ni la miseria, revelan á las madres del amor á sus hijos.

Distinguiremos, pues, la educación *natural*, de la que llamaremos *artificial*, que es la dada

al hombre por el hombre. Esta, para alcanzar su objeto, debe basarse en aquélla, seguirla en todo y al mismo tiempo comunicarle impulso para activar sus efectos. De acuerdo con estos principios, sentó Pestalozzi, el célebre educacionista, el siguiente aforismo:

“La educación debe ser libre y natural, al mismo tiempo que tierna y afectuosa.”

Siguiendo la naturaleza, el institutor primario debe abstenerse de impresionar con ideas extrañas la mente del niño: conversaciones familiares adaptables al estrecho círculo de sus impresiones y alcances, vendrán á constituir sus primeros trabajos. Aquí la necesidad de *lecciones sobre objetos* que iniciaron Pestalozzi y los colaboradores de su célebre sistema educacionista, Fröebel y Felleberg, y que son consideradas hoy por los mejores educacionistas como la base fundamental del mejor sistema de enseñanza, el objetivo ó pestalozziano.

Observad, dice Fenelón, todos los puntos, todas las brechas, por donde puedan hacerse penetrar en la mente de los niños las grandes verdades. No los acocéis con ideas nuevas sin ponerles de manifiesto una comparación sensible; poned en actividad su tierna imaginación, revistiéndolo todo de imágenes, es decir, concretándolo todo, haciéndolo lo más intuitivamente posible.

Las facultades del niño no deben precipitarse, y el arte del institutor primario consiste en limitar el círculo en el cual se hallen las inteligencias incipientes de sus educandos, para ir ensanchándolo según los dictados de la misma naturaleza, ó en otros términos, ir del punto á la línea, de la línea á la superficie, de la superficie al sólido, y en general de lo simple á lo compuesto y de lo concreto á lo abstracto.

En un buen sistema educacionista lo que importa no es la ligereza sino el orden y la firmeza con que se comuniquen las ideas; no importa la acumulación de conocimientos sin plan ni aplomo en la fijación de ellos, sino la solidez y regularidad del conjunto, porque con el alimento intelectual, sucede lo que con el material que se propina para nutrir el cuerpo, que el provecho no está en lo que se come sino en lo que se digiere.

Los materiales para las *lecciones sobre objetos*, se toman de cuanto rodea al niño, haciéndolo observar las formas, las cualidades, las aplicaciones de esos objetos, enseñándole palabras que se refieran á lo concreto, y llamando al mismo tiempo su atención á lo abstracto.

A primera vista y á los ojos de un espíritu superficial y rutinero, parecerá que los niños nada ganan con estos ejercicios; y es verdad que pocos conocimientos útiles adquieren al principio; pero por otra parte, y lo que es más importante aún, sus facultades se desarrollan, les dan una intuición clara de los objetos que describen, y preparan su espíritu y carácter individual para recibir sin mayor esfuerzo el conocimiento de ideas ulteriores. Esta enseñan-

za es, más que todo, un medio racional y seguro, y no exclusivamente un fin en la educación; es por decirlo así, una gimnástica para el entendimiento, porque con la descripción y conocimiento de los objetos, de sus cualidades y aplicaciones, por triviales que sean, se habitúa el espíritu á la observación. Si un niño describe con propiedad y con método la mesa, el lápiz, la pizarra, el local de la escuela, y emite libremente sus conceptos sobre las observaciones que hace, le será muy fácil describir luego una máquina, como la de vapor, ó cualesquiera de los aparatos que se emplean para el aprendizaje de las ciencias físicas, y aun disertar con despejo y acopio de conceptos, sobre cualquier tema que se le designe.

Pero con las lecciones objetivas se inculcan también insensiblemente muchos conocimientos al niño. "Un maestro, dice Mr. Moseley, que se propone dar una lección objetiva sobre el carbón, por ejemplo, toma un pedazo y lo presenta á la clase preguntando su nombre. Obtenida la respuesta, el maestro induce á los alumnos á decir que es un *sólido*, que es *pesado*, *negro*, *friable*, *combustible*, etc. Con esto, la explicación científica es completa, y el tiempo en ella empleado no puede menos que ser provechoso. En una lección semejante, el maestro no hace uso de otros conocimientos particulares, sino de los que se supone poseen los discípulos antes de principiar la lección.

El carbón es una cosa muy común que el niño observa todos los días en relación con los usos ordinarios de la vida; pero una sustancia de la cual pueden enseñarse algunas propiedades que probablemente vendrán á ser más tarde de alguna utilidad, y las que jamás llegaría tal vez á conocer, si no se le enseñaran de esta manera.

El objeto debe presentarse á la inspección de la clase cuando éste sea una sustancia tal como el vidrio ó el azúcar, y hacer que sus propiedades más importantes sean observadas por medio de los sentidos correspondientes. La acción de estos nunca debe cambiarse. Así por ejemplo una propiedad que haya de aprenderse por medio del tacto, tal como la *dureza*, no debe enseñarse valiéndose simplemente de la vista como ocurre con harta frecuencia. La observación del conjunto de las propiedades de un cuerpo se distribuye entre la clase, de manera que los alumnos participen del conocimiento experimental de cada una de ellas.

Cuando se haya enseñado alguna propiedad, debe hacerse notar el término que la exprese, el cual conviene que se repita por los alumnos más adelantados primero, y luego en coro por toda la clase, y aun escribirlo en el tablero si los niños leen. De este modo se enseñan los tres aspectos bajo los cuales puede aprenderse una palabra cualquiera, y se ejercitan á la vez el entendimiento, el oído y la vista, para dar idea de su significado, de su sonido y de su forma.

(Continuará).

Puntarenas, 27 de Julio de 1892.

Sr. D. Francisco Ulloa Mata.

Alajuela.

Apreciable amigo.

Recuerdo que en Cartago—en la ciudad pintoresca de los cerros, y donde por las noches flamea el Irazú—militábamos bajo una misma bandera: la del A. B. C. Con la diferencia de que mi honrado y antiguo amigo, era el jefe de todo un campamento central, y yo un recluta.

Mis veinte años de constantes servicios en los diferentes atrincheramientos del A. B. C. deben haberme concedido un grado más.

Yo quisiera que el trabajo que le dedico le recordara aquellas conversaciones del hogar, aquellas confidencias íntimas de la amistad, que vienen á atormentarme, en mis horas de soledad, porque no olvido á Cartago, á quien tengo siempre delante de mis ojos como una fotografía que me interesa. Punto geográfico donde probablemente descansarán mis huesos.

Por eso ya quien con más orgullo que á U. que es el hijo predilecto de esa ciudad, pudiera yo dedicar mi labor? A U., ilustre decano de los maestros? Al hombre de corazón y de fe inquebrantable en el triunfo de una idea? Al que oí decir tantas veces: "Adelante, es necesario instruir, aunque cada maestro recija todas las amarguras, aunque tenga que luchar con todas las contrariedades que hacen de su vida un verdadero martirologio.

Adios.

Su affmo. amigo,

RAMÓN CÉSPEDES FORNARIS.

Sabe U. leer?

A MI QUERIDO AMIGO DON FRANCISCO ULLOA MATA.

Esta es la pregunta que generalmente dirige el que enseña á todo niño ó niña del lugar en que vive, —¿Sabe U. leer?

Por eso en las grandes revoluciones del progreso los primeros cañonazos los ha disparado el maestro.

Preguntadle al pueblo francés por qué celebra el 14 de Julio, y os responderá, cantando la Marsellesa.

—No creo que los muros de la Bastilla hayan sido más terribles ni más oscuros, ni representaran tan espantosamente la tiranía de todos los tiempos, como la *cárcel de la ignorancia*.

—Un maestro, señalando el A. B. C. y explicándole á un niño el mecanismo del pensamiento, prepara el hacha y el martillo que deberá demoler esa mansión horrorosa.

—Y el niño, con los ojos fijos en el libro, entona, sin comprenderlo, sus primeros himnos á la redención de la humanidad—¿Sabemos á dónde irá á llegar aquel ciudadano del porvenir?— ¿Se ha podido adivinar jamás en los albores de la niñez, el destino de los grandes hombres?

—*Ya yo sé leer*—gritaba Mirabeau jugando con los demás chicos de su edad— Y su ilustre abuelo se sonreía adivinando una esperanza, y su padre, tirano de los primeros años del grande orador, seguía impassible paseándose por los salones de su castillo feudal— Y Mirabeau hizo estremecer desde su tribuna á la gran Francia, admiradora de su genio.

* *

Fijáos en aquel obrero honrado, pero de carácter adusto— Llega á su casa fatigado de golpear su yunque.— Se sienta, busca con sus ojos algo que encuentre al fin.— Es un periódico— Se apodera de él y el cansancio desaparece; sus ojos brillan, adquiriendo su fisonomía un suave aspecto— Es que lee— Concluye, y exclama como satisfecho—Esto es verdad—y se encariña con su autor; y al sentir en su corazón vibrar una cuerda simpática modifica las condiciones de su carácter, y de brusco se convierte en amable; y abraza á sus hijos, y es respetuoso con su esposa, y el hogar recibe las brisas de una dicha constante.

El que lee piensa. Y pensar es hacer oración. Es buscar la verdad en las altas regiones de lo desconocido.— Leer y meditar es hallar la solución de los grandes problemas que asustan á los hipócritas y que hacen estremecer á los tiranos.

La anciana que acomodándose sus espejuelos le dice un día á su nieto; —*Ven hijo mío, dame tu lección*, y el niño, obedeciendo, la balbucea apenas, porque no comprende aún los primeros rudimentos de la lectura, descubre al fin algo incógnito—Quién sabe á dónde va aquel alumno del hogar?—Tal vez adalid fogoso del porvenir llegue á empaparse en los altos principios que constituyen el espíritu moderno, y sea el ilustre defensor de los derechos del pueblo.

O quién sabe!... si sacerdote ilustrado comprenda la alta misión que tiene que desempeñar, ejerciendo dignamente su ministerio, y verdadero representante de Jesucristo en la tierra, resuene su voz elocuentísima en las bóvedas de algún templo, hojeando en su enseñanza las páginas del Evangelio, recordando siempre que el hijo del carpintero de Nazaret con los ojos fijos en su libro inmortal, ha sido como una caricia para el género humano.

O tal vez hábil periodista no traspase nunca los límites de la libertad; y como defensor de las grandes ideas, no olvide jamás que la libertad del pensamiento es el homenaje más grande que los hombres han podido tributar á Guttenberg— pero en este sentido: respeto á la ley—No conviene para el desarrollo de los principios confundir la movilidad de los tipos, que representa la rápida reproducción del pensamiento, con el descarnado *materialismo de las personalidades*, porque eso sería cambiar la grandeza de un ideal por el diente agudo de la *envidia* ó por la flecha salvaje de la *calumnia* asestada contra el pecho del hombre honrado.

—¿Me preguntais acaso? ¿Y ese niño, pálido y descarnado ¿no podría llegar á ser el diputado ardiente sostenedor de un gran principio? —¡Quién sabe!.. Suponeos que discute en el Congreso, y dirigiéndose á sus compañeros exclama— hablando de la libertad de cultos:—En fin, señores, eso se queda para países que han alcanzado altos grados de civilización, y que llevando en su seno los grandes elementos de riqueza material é intelectual que las distintas inmigraciones han depositado en él, adquirieron ya un espíritu independiente. Esos son los pueblos que ven complacidos junto á la magnificencia de nuestras catedrales católicas, la humildad del templo protestante, y al la

de la sinagoga de los hebreos, la pagoda india ó templo de cualquier otra creencia. Esos son los pueblos que creen verdaderamente en el espíritu universal de Dios. Esos son los pueblos que respetan todas las cosmogonías y que van preparando la realización de ese bello ideal que se cierne en el espacio, contemplando cómo se destruyen los imperios, cómo se carcomen los cetros, cómo los reyes empiezan á podrirse, aun antes de haber sido enterrados bajo la cúpula dorada de sus mausoleos.

—Ahora bien, señores— concluye nuestro orador, ¿Y cuál es el punto luminoso en que deben fijar sus ojos las sociedades incipientes? El *Abecedario*—La propagación bajo todas las formas de la enseñanza gratuita y obligatoria. Pero en este sentido—Que cada maestro comprenda que no basta colocar en el cerebro de un niño la base de todos los conocimientos humanos.—No hagamos del ciudadano del porvenir, solo un matemático ó un historiador; fortifiquemos su corazón.—Si el cerebro es el laboratorio del pensamiento ó la fragua de los grandes principios, el corazón es la urna sagrada donde debemos depositar el aroma de nuestros sentimientos. Si la inteligencia ha inmortalizado á varones ilustres, el corazón tiene también su historia consoladora—Sabios sin corazón no ofrecen garantías á sociedad alguna.—La corrupción y la mala fe en los asuntos de la vida, son verdaderas calamidades, cuando estos asuntos van envueltos con la falsa doctrina ó en la teoría deslumbradora que llevan en su seno el veneno para muchas generaciones.

Un libro brota del cerebro humano y su valor entra en la caja de su autor; pero una escuela gratuita ó un hospicio levantado por la *Caridad*, es otro capital que como la sangre que necesita un anémico, circula por todo un cuerpo para vigorizarlo y devolverle las fuerzas que necesita—*Enseñar al que no sabe—Dar de comer al hambriento.—Vestir al desnudo*—son obras de misericordia, que no deben de pensar en el interés de un capital invertido, mucho menos en exigir la *gratitud*, porque sería soñar con un tesoro que no todos pueden llevar en su corazón, y desear obtener precio de tal valor, sería vernos obligados á cerrar para siempre las puertas á toda virtud que tenga por único objeto engrandecer el espíritu del hombre. Basta la dulce satisfacción de haber hecho el bien sin condición alguna—Y para esto se necesita mas que *Saber leer, saber sentir*—Y en todo esto debe fijarse un maestro bien intencionado—depositando en la *planta niño*— toda la savia que deberá desarrollarla produciendo en el porvenir opimos frutos.

—No conviene que S. Vicente de Paúl, abandone la desventura de la mujer, ni la horfandad del niño, ni todas las miserias que afligen á la humanidad. Lo que importa á los pueblos es destruir todos los elementos disolventes que puedan empequeñecer la idea de Dios.—El corazón humano necesita creer, y cree en mentiras, cuando no encuentra verdades que lo satisfagan—Y la instrucción intelectual y moral bien dirigida es la única esperanza, el faro que deberá iluminar los horizontes del porvenir—En las luchas del espíritu, en las intransigencias de todos los partidos, el sacrificio es estéril, siempre que el triunfo no tenga por base el buen sentido del que ha triunfado—La razón— es decir una conciencia ilustrada— tiene la fuerza de una ametralladora—y no hay enemigo que no abraza á su contrario si éste logra vencerlo;—sin frases que revelen su superioridad—sino haciendo uso de la verdad, que es el espejo donde se refleja ese destello del cielo.

* *

Pero donde brillan más los prodigios del A B C es en la bella mitad del linaje humano.

—Yo era muy joven cuando conocí á Isabel— Era una niña de doce á trece años; pero no sabía leer. —Un día fijé mis ojos en ella y me pareció simpática; pero á poco de tratarla un disgusto se apoderó de mí. Me pareció entonces agreste, y su desarrollo físico como el de los árboles sin cultivo alguno—Su carácter áspero como las hojas de ciertas plantas que crecen en los bosques.

—Yo no ví más á Isabel—Pasó el tiempo y una tarde noté con extrañeza que una señorita esbelta, hermosa y llena de todas las gracias me miraba y se sonreía—Isabel estaba leyendo y dejó caer el libro al acercarse á ella—Aquello llamó mi atención, y le dije algo confuso:— Dispense U. señorita ¿me hablaba U. hace un instante?—Sí, me contestó con alguna timidez, pero con un acento dulce—¿No se acuerda U. de mí?—Yo vacilé un momento; pero al fin exclamé lleno de alegría ¿no es U. Isabel de Sandoval?—Sí, me contestó, estrechando mi mano que maquinalmente le ofrecí—¿Cómo ha llegado U. á olvidarme?... Ocho años de colegio, no han podido cambiar mi modo de ser hasta el grado de parecerle otra persona—Yo no me cansaba de admirar la transformación que la educación había causado en aquella criatura, á quien Víctor Hugo hubiera llamado *adorable* y Alfredo de Musset *encantadora*.

Es indudable,— pensaba yo,— que el desarrollo moral é intelectual, imprime en toda persona cierto sello especial.

Han pasado ya muchos años, y aún cruza por mi corazón enfermo, el aroma perfumado de aquellos tiempos.

Aprendamos en nuestros primeros años aunque sea *á leer*.

RAMÓN CÉSPEDES FORNARIS.

Puntarenas, 27 de Julio de 1892.

EDUCACIÓN PÚBLICA.

Aptitudes que deben desenvolverse en el niño para realizar en él toda la educación.

La educación, tomada en un sentido general, consiste en el desarrollo armónico, sistemático y gradual de todas las facultades, de todos los órganos, de todas las disposiciones, de todas las inclinaciones y hábitos buenos del hombre,

La educación abraza toda la vida del individuo. Comienza en la infancia en el regazo materno; se extiende y dilata por los ilimitados horizontes de la sociedad, dando nuevos y provechosos resultados á favor de los buenos libros, sanos ejemplos y excelentes compañías; y llega á su madurez y perfección, cuando el individuo, aprovechándose de todo lo bueno que ha adquirido por las creadoras fuerzas de la experiencia y el trabajo, desdeñando todo lo que ha visto, que es vicio y maldad, pone en práctica el bien y la virtud.

Elevar al hombre al mayor grado de perfección, haciendo de él un buen hijo, un esposo laborioso, un padre cariñoso y pródigo, un individuo útil á su patria y á sus conciudadanos y un sér religioso y moral, hé aquí el ideal de la educación pública.

Esta educación, lleva ventajas inmensas sobre

la doméstica que, como todos sabemos, es la que recibe el niño en su casa; y á la libre ó privada, que es la que se da en los establecimientos de enseñanza costeados por los particulares. La educación doméstica es egoísta, engendra la vanidad y propende al orgullo, pues los niños que la reciben, se creen superiores á aquellos que, por escasez de recursos, no pueden tenerla. Además, la educación doméstica ó privada es inaccesible á los que carecen de medios para sostenerla, teniendo ésta la desventaja de que, encomendada la vigilancia de los niños á los ayos y ayudantes, que por razón de economía aceptan los directores, son de poca instrucción muchas veces, y otras de dudosa probidad.

La educación pública nivela las clases, es accesible á todos y desarrolla con el trato mutuo y roce continuo la caridad, fuente preciosa de todas las virtudes y el amor á todos nuestros semejantes.

Ahora bien. El niño se considera como un sér físico, como un ser intelectual y como un sér moral y religioso.

¿Qué aptitudes son las que debemos desarrollar en él? ¿Debemos educarlo como lo hacían los pueblos antiguos? ¿De qué medios nos valdremos para llegar al fin deseado?

Muchos son los medios de educación que puede emplear el maestro: pero los principales, según Locke, Jacotot, Pestalozzi, Froebel y otros pedagogos eminentes, son cinco.

1º La Higiene y la Gimnástica.

2º La Instrucción.

3º La disciplina Doméstica y Escolar.

4º La Religión y Moral.

5º Las naturales disposiciones del niño, siendo buenas y bien dirigidas, como el placer, el interés, el deber, la curiosidad de saber, el instinto de imitación, las compañías, etc, etc, contribuyendo al mismo tiempo, como estimulantes, nuestra fuerza vital, la de la naturaleza y nuestros semejantes.

El maestro debe desarrollar y dirigir las diversas aptitudes y facultades, que en el niño se consideran, para realizar la magnífica obra de la educación.

El maestro debe procurar que se desarrollen los órganos corporales del niño y sostener la salud del mismo.

El maestro debe cultivar las facultades mentales para que se desarrolle la inteligencia del niño, haciendo que aprecie, analice y conozca todos los objetos que le rodean, fijando su movediza atención con agradables, cortas, claras é interesantes explicaciones, desenvolviendo su memoria para que sea tenaz en retener los conocimientos adquiridos y tenga facilidad de reproducirlos; el maestro debe valerse de la asociación de ideas para relacionar y fijar unas respecto de las otras á medida que se le va enseñando: debe cultivar los extravíos de su ardiente imaginación y mágica fantasía con el buen gusto y la razón, ó en caso contrario exaltar su imaginación con las descripciones geográficas, históricas y de la naturaleza; debe educar su juicio con la exacta comparación de las ideas y formar y perfeccionar una razón clara y severa por medio de la inducción y la deducción.

Pero en lo que debe el maestro poner principalísimo cuidado es en el desenvolvimiento de las aptitudes morales del niño, haciéndole amar el bien y aborrecer el vicio, despertando los nobles y elevados sentimientos, como el pundonor y el honor, y extirpando aquellos bajos é innobles, como la ira y la envidia; y haciendo que germinen en él, la prudencia, la urbanidad, la emulación y la laboriosidad, á fin de que, al salir de la escuela y al entrar en la sociedad,

sea un individuo útil á sí mismo, á su familia y á su patria y realice el destino para que fué creado por Dios.

A. GÁMEZ GONZÁLEZ.

San José, 25 de Julio de 1892.

CONFERENCIAS

SOBRE LOS DEBERES DE LOS INSTITUTORES PRIMARIOS.

(Traducción de V. Mallarino)

SEGUNDA CONFERENCIA.

Peligro del orgullo y de la vanidad.—Ventajas de la modestia.

El que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.

(Evang. S. Luc. cap. 14 v. 11).

En todo se deja conocer el orgulloso: en el aire del semblante, en el andar, en los ademanes, en la mirada, en la palabra, en el tono de la voz, en el silencio mismo y en cien señales más que saltan á los ojos y se notan inmediatamente.

BOURDALQUE.

Señores—El saber y los esfuerzos que nos cuesta adquirirlo han sido el objeto de nuestra primera conferencia: voy á hablaros hoy de su compañero más noble, y de su escollo más peligroso. No hay defecto más funesto para el hombre que el orgullo, ni cualidad que le sea más provechosa que la modestia: al primero debe la mayor parte de sus penas y de sus enemigos; la segunda le concilia el favor de los más diferentes, le evita las oposiciones hostiles, y realza su mérito, prestándole un lustre que la envidia no puede empañar. Mas á pesar de que estas observaciones han llegado á ser verdades incontestables, nada hay sin embargo más raro que la modestia, ni más común que el orgullo. Esta pasión se manifiesta bajo todas las formas; es un mal que afecta todos los estados, que se encuentra en todas las situaciones de la vida; ridículo cuando toma las apariencias de la suficiencia y de la fatuidad, pasa á ser insolente cuando se coloca desdeñosamente frente á la mediocridad, á quien humilla complacido, ó cuando se mide con el mérito que le inspira celos, ó con la superioridad á quien desprecia ya que no puede deslustrarla. Ninguna profesión está exenta de él: el guerrero lo lleva con la espada, el Magistrado lo oculta bajo la toga, y el levita no siempre se despoja de él al entrar al santuario. Ojalá pudiera decir que jamás se ha sentado en la cátedra con el institutor. Con frecuencia la nulidad engendra el orgullo; pero muchas veces también tiene su origen en el sentimiento de un mérito real, y en las fatigas que éste ha costado. Mira hacia atrás, considera el punto de donde ha partido y la distancia que lo separa de aquél á que ha llegado; cuenta los rivales á quienes ha vencido, y experimenta un movimiento de satisfacción; se extasia con su propia alegría, triunfa con sus buenos resultados, siembra desdenes y pretende recoger homenajes. ¿No es esto una verdadera locura? Estamos llenos de nosotros mismos, como si nosotros únicamente nos hubiésemos hecho lo que somos, como si

no debiésemos nada á nadie, y como si hubiésemos tocado los últimos límites de la perfección. Y sin embargo, con cuán poco hemos contribuido á nuestro propio mérito, y cuánto se disminuye su valor cuando la razón lo examina y lo pesa! A cuán poca cosa sería necesario reducir lo que nos toca de nuestros bienes y de nuestro honor, de nuestro saber y de nuestras virtudes, si de ello hubiésemos de restar lo que debemos á nuestros padres, á las circunstancias, á la bondad de los hombres y á los beneficios de la Providencia.

Brilláis á causa de los grandes bienes que poseéis y del lujo que ostentáis, pero vuestras riquezas os han sido transmitidas por un padre, ó una especulación favorecida de la fortuna os las ha proporcionado cuando apenas osabáis desearlas: vuestra ciencia es vasta; á los ojos del público parecéis no ignorar nada, y consultados é interrogados incesantemente por una multitud ávida de escucharos, no abris la boca sino para pronunciar sentencias. ¿De dónde os viene esta ciencia que es el fundamento de vuestra fama, y más todavía, de dónde os vienen esa inteligencia rápida que percibe inmediatamente las cosas, esa memoria inmensa dispuesta á toda hora á recibir y conservar todo lo que ha fijado vuestras miradas, herido vuestros oídos ó excitado vuestra reflexión; esa palabra fácil que no bien os ha venido la idea al pensamiento cuando os la hace transmitir sin esfuerzo á los labios? De dónde os vienen, en fin, ese vigor del cuerpo, esa energía del alma, esa intensidad de la voluntad que os hacen recorrer las sendas del estudio, que no retroceden ante ningún obstáculo ni las detiene ninguna fatiga para llegar al término de vuestra carrera? De dónde os viene todo esto, repito una vez más? No de vosotros mismos, como os lo hace creer vuestra presunción, sino de la Providencia, á quien jamás tal vez os habéis sentido inclinados á dar gracias. No os enorgullezcáis, pues, tanto de los favores que la ciencia os ha prodigado, cuando os comparéis con tantos hombres á quienes falta la instrucción; compadecedlos por lo menos pródigo que ha sido Dios con ellos, sin jactaros de vuestro saber, tomándolo como fruto únicamente de vuestros esfuerzos. Él no os pertenece á vosotros más que á los campos las flores de que se visten, ó á las montañas las encinas de que se coronan; la mano de Dios, que ha puesto en el seno de la tierra el germen de las unas y de las otras, ha sembrado en vuestra alma las semillas á las cuales su inagotable bondad ha permitido fructificar. Así, pues, bendecidla con toda la sencillez de vuestro corazón, y á vuestro turno tratad de hacer extensivas á otras inteligencias esos favores de que no sois sino depositario. Cuántos motivos para humillar vuestro orgullo si quisiérais escuchar la voz íntima de vuestra razón. Habéis medido á vuestro saber, sondead por un instante vuestra ignorancia: el hombre ha leído apenas unas pocas páginas en el libro del mundo y de esas habéis deletreado, cuando más, una palabra: no os comparéis nunca con los ignorantes, ó con los que saben menos que vosotros: acercáos á los que más saben, y convencidos de vuestra inferioridad, volveréis á entrar dentro de vosotros mismos para ocultar mejor vuestra confusión, ó tomaréis la resolución generosa de cultivar vuestras facultades y os ocuparéis en recoger los frutos que ellas os produzcan.

Felices los hombres que desconfían de sí mismos ó que á fuerza de serias reflexiones han aprendido, desde temprano á avergonzarse de su presunción!

* Porque todo hombre que come y bebe y vé el bien de su trabajo, éste es don de Dios (ECLESIÁSTÉS).

Estos se aseguran el reposo y la felicidad, se evitan esos amargos pesares, esas heridas interiores, esas decepciones, esos sinsabores que ponen tan cruelmente á prueba el amor propio, verdaderas penas que minan más profundamente la felicidad del hombre vano, por los infortunios que le hacen sufrir en sus afectos.

Coloquemos en primer lugar, entre estas penas, el ridículo que acompaña sin cesar al orgulloso: su aire, su andar y su lengüaje descubren sus pretensiones; no quiere vestirse como los demás, temeroso de confundirse con la muchedumbre; anda con la cabeza levantada para hacerse notable; estudia sus movimientos para darles las apariencias de la gravedad; destierra de sus labios la sonrisa para aparecer preocupado con sus meditaciones; si habla lo hace en voz alta para que su palabra pueda ser escuchada desde lejos; es incisiva, porque la cree y quiere que la crean infalible, sentenciosa é hinchada para inspirar confianza y arrancar aplausos. Inútiles cuidados; necias pretensiones! ni á los niños se ocultan estos cálculos de la vanidad; ellos saltan á la vista de los menos perspicaces; exagerando las costumbres de los que recurren á ellos, comunican á su fisonomía un aire desgraciado de afectación que le imprime el sello de una originalidad ridícula, y que hace que no se presenten en ninguna parte sin que se les adivine antes de que hablen, y sin que su presencia deje de provocar risas y burlas.

Poco sería que la presencia del orgulloso excitara solamente chistes burlescos, si al alejarse lo olvidasen los demás; pero éstos tienen también su vanidad y su mérito: el orgulloso ha sido injusto rebajando á éste, ha sido cruel hiriendo á aquél: heridas igualmente vivas que brotan sangre largo tiempo y que encienden en el corazón del hombre que las ha recibido esos odios implacables, esa sed ardiente de represalias que no se extinguen sino con la pérdida del imprudente que las ha causado. Desde el primer encuentro están ya en guerra abierta; es una lucha encarnizada en que el orgullo se levanta contra el orgullo; en todas partes se encuentra un campo de batalla, todas las cuestiones son ocasión de combate; no se presenta pretensión que no sea combatida inmediatamente, ni se pronuncia palabra que no sea contradicha, ni se le ve en camino para llegar á una posición cualquiera sin que se le dispute su acceso á ella. Habrá ataques á cara descubierta, intrigas sordas para hacerse el mal; el engaño y el disimulo, la mentira y la calumnia se adoptarán como armas para defender una vanidad fútil, y se considerará lícito el empleo de todo medio que conduzca á desembarazarse de un hombre de quien se habría hecho un amigo, si la vanidad no hubiera hecho de él un rival.

El orgullo no se aplaca á la vista de una superioridad vencida, todas lo ofuscan y lo irritan, la presencia de un mérito cualquiera le hace daño, su susceptibilidad crece, y las cosas llegan á un punto tal, que nuestros ojos no pueden detenerse sobre una figura humana sin que crean leer en ella el sentimiento más disimulado de un interés herido, ó los disgustos secretos de un rival celoso: podríamos abatirlo, pero otro se levantaría, y nuestras angustias y nuestros cuidados no acabarían jamás; y finalmente, si nos vemos obligados á ceder en la lucha que tenemos que sostener con estos adversarios, la derrota nos aflige; encerrados en nosotros mismos, el orgullo nos atormenta hasta que estimulado por una rivalidad nueva se reproduce para triunfar sin satisfacerse ó para sucumbir sin que sus derrotas le enseñen nada.

Tal es el retrato, tal la vida de un hombre vano: importa poco que sea institutor; esto hará únicamente

te que su orgullo venga á ser más peligroso; satisfecho por una parte con su saber, no creará ignorancia ni tener cosa alguna que aprender; convencido de que jamás le faltará este saber, no pensará ya en conservarlo por medio del estudio, sus facultades perderán su vigor, su alma, su resolución y su perseverancia y embotado por la fuerza, dentro de poco no tendrá, para sostener su loca presunción, sino una rutina estrecha y ciega y de restos de una instrucción que no ha sido vigorizada por el estudio. Por otra parte, el hombre encargado de educar la juventud no lo hace solamente con los preceptos sino con el ejemplo; mientras más joven es el alumno, naturalmente es más inocente y dócil; mientras su corazón lo lleve más amoroso hacia su maestro, más se aplicará á estudiar y más cuidado pondrá en imitarlo. El espíritu y el corazón de un niño son á un tiempo impresionables y volubles, ceden á todos los impulsos que el maestro les comunica, toman todas las formas que ven en él, conservan todas las impresiones que reciben: haya en él un defecto notable, y los niños lo tomarán inmediatamente; inspíreles el menor sentimiento de orgullo, y se llenarán de presunción y de vanidad. El alumno de un maestro humilde y modesto será discreto y reservado, el de un pedante orgulloso será jactancioso é hiriente: creará saberlo todo, porque sobre todo habrá pasado superficialmente; su espíritu no tendrá solidez porque le habrá faltado aplicación; afirmará resueltamente cuando otro vacilará: la duda es un sentimiento desconocido para él, la reserva para afirmar es una regla de educación de cuya existencia no sospecha siquiera; la presunción ha crecido con él, y cuando llegue á ser hombre en todas circunstancias ostentará aquella suficiencia aprendida del maestro, cuyos funestos ejemplos fueron sus primeras lecciones.

Que estos peligros os instruyan: velad sobre vosotros; reprimid en vuestra alma los impulsos del orgullo, para preservar de ellos las de vuestros discípulos; sed delante de ellos sencillos y modestos; sedlo en vuestros ademanes y en vuestro trato; sedlo sobre todo en vuestras palabras. La modestia es compañera del saber, al que presta un encanto inexplicable, comunicándole fuerza y candor; sin quitarle nada de su dignidad, lo hace más accesible y familiar; le da calma al que lo posee y protege su reflexión. Ella le hace siempre dueño de sí mismo, é iluminándole la ruta que ha de recorrer le permite seguirla sin abandonarla nunca. Si encuentra rivales en su camino, en vez de alarmarse de su presencia les tiende la mano, se ayuda con sus luces sin quitarles nada, y una vez que ha llegado al término de su carrera, reparte gustoso con ellos el premio que juntos han merecido.

Sucede lo mismo con los discípulos que ha formado bajo su dirección y en quienes ha destruido los gérmenes de una vanidad, tal vez hereditaria; su modestia es la primera virtud que imitan, después de ésta, que los hace atentamente sumisos, las otras se apoderan fácilmente de sus corazones, y cuando algún amigo de la infancia penetra en este recinto formado bajo el ojo vigilante de este hombre humilde y bueno, al ver el orden, el silencio y la atención con que allí reinan, y al aspirar el perfume de inocencia y de virtud que allí se exhala, descubre al maestro y tributa homenaje á su mérito.

LECCIONES DE LECTURA.

1.º GRADO.

Nos proponemos presentar de hoy en adelante

nuestros colegas de la República una serie de lecciones para la enseñanza del alfabeto, dispuestas conforme á los métodos que, según nuestro entender, creemos son los más prácticos y los que están más de acuerdo con los sanos principios de la moderna pedagogía. Al emprender este trabajo, no abrigamos la pretensión de que sea perfecto, antes por el contrario, en el curso de su publicación, agradeceríamos que los maestros nos indicaran las incorrecciones de que sin duda acolecte ó las dificultades con que tropezasen para ponerlo en práctica. Más tarde haremos los ejercicios necesarios para el silabeo y daremos también algunos modelos de lecciones de lectura en los libros elementales, dejando así concluido el curso que corresponde á los niños del primer grado, según los programas oficiales, á los cuales es nuestro intento ceñirnos estrictamente.

Antes de comenzar, apuntaremos algunas indicaciones acerca de los métodos hasta aquí empleados en la enseñanza que nos ocupa, haciendo ver las ventajas que recomiendan el que nosotros adoptamos.

La generalidad de nuestros maestros, al principiar la enseñanza de la lectura, proceden de la manera siguiente: hay cuarenta alumnos; pues bien, cada uno compra su silabario. (Entiéndase que el niño no sabe nada, que deja su casa para venir á la escuela por primera vez, que no conoce una letra y menos un libro). El maestro llama al primer niño y le abre el libro en la primera página en donde, dicho sea de paso, algunos le presentan una figura horrorosa, (sin duda para comenzar el cultivo del sentimiento estético) y principia la lección indicándole con un objeto cualquiera, la A, la B y la C y repitiendo en coro maestro y discípulo, A, B, C por tres, cuatro y cinco veces. Mientras esto pasa los otros treinta y nueve compañeros quedan dándole vueltas al libro ó viendo los grabados, al revés muchas veces. Concluido el insignificante ejercicio de repetición aquel niño va á su lugar con la orden expresa de estudiar lo que se le ha dicho mientras viene otro á recibir la misma lección. ¡¡Infeliz criatura, ya no te acuerdas de la canción A, B C de tu maestro ó si la retienes en la memoria no la encuentras en ese mare magnum de letras que contiene ese libro que ya va siéndote feísimo!! ¡¡Pobre niño, aquí no hay bolas, muñecos, caballitos, ni nada de lo que tienes en tu casa; sólo oyes la voz seca y autoritaria de tu maestro verdugo, que dice: A, B C!!

De esta manera, si hay tiempo, pasan todos y si no se quedan los demás para el día venidero. Este es el método adoptado en la mayoría de nuestras escuelas para la enseñanza del alfabeto. Un año, cuando no dos, emplea el maestro en este continuo machacar las débiles inteligencias para poder mal enseñar las veintinueve letras y unas pocas combinaciones.

Mucho tiempo gastado, mucho martirio para el niño y una enseñanza defectuosa, han venido á ser los resultados de los rudos trabajos y quebrantos del maestro.

Sigamos nosotros el orden natural que observamos en el niño desde que comienza á hablar: arrullado en los brazos de su madre, dice el niño: "papá, mamá, pan, bola, etc."; conducido por la mano de su ayo llama á todos los objetos que vé con los mismos nombres que ha oído á sus padres, hermanos, parientes y demás personas que lo rodean. Principia el niño entonces á conocer palabras y no letras. ¿Por qué, pues, no seguir en la escuela la corriente natural que desde el hogar se le dió á la instrucción de la lengua materna? ¿Qué necesidad hay de hacer que el niño desde los primeros días que pisa el sagrado recinto de la escuela aborrezca las lecciones del maestro únicamente porque éstas difieren en la forma de las que ha

recibido en su casa? No hay razón que abone semejantes procedimientos. Tomemos entonces una palabra, hagamos con el niño un ejercicio analítico, exigiéndole por los mil medios que el maestro tiene á su disposición, que examine, que vea, que palpe cada una de las partes componentes; pasemos luego á una síntesis y, siempre junto con el niño, formemos nuevamente la palabra que habíamos descompuesto. Así habremos hecho un ejercicio en que las percepciones del alumno han grabado en su mente algo que es claro y duradero. Lecciones de esta naturaleza serán amenas é interesantes para los niños.

Esto es, pues, lo que nos proponemos en las lecciones que á continuación ofrecemos á los maestros de primeras letras.

LECCIÓN I^a

Para principiar, el maestro llevará á la clase una rosa y al mismo tiempo una estampa que la represente, si cree que no puede dibujarla bien en el tablero. Los niños en estas lecciones no tendrán á su disposición libro alguno, sólo sí cada uno su correspondiente pizarrita, que convendrá esté rayada, su pizarrín bien punteado y un paño húmedo para limpiar cada vez que se ofrezca. Después de haber revisado toda la clase y de cerciorarse que todos están listos para trabajar, comenzará la lección de la manera siguiente:

- Maestro. —Tengo aquí un objeto de todos conocido, y es.....
- Niños. —Una rosa.
- M. —¿En dónde se encuentran las rosas?
- N. —En los jardines.
- M. —¿Qué color tiene esta rosa?
- N. —Colorado.
- M. —¿Sólo de este color son las rosas?
- N. —No, las hay de varios colores.
- M. —Luego tenemos que: "Las rosas se encuentran en los jardines y las hay de varios colores."
(Pedro repite la frase anterior. lo mismo Juan, Antonio, etc.)
(Señalando la estampa). ¿Y aquí qué tenemos dibujado?
- N. —Una rosa.
- M. —Así es que la rosa que tengo en la mano está representada en ese cuadro por este dibujo? (señalándolo).
- N. —Sí, señor.
- M. —¿Así como la rosa, podremos representar cualquier otro objeto por medio de un dibujo; por ejemplo, una casa, un sombrero, etc.?
- N. —Sí, señor.
- M. —Díganos, Pedrito, qué cosas ve representadas en la clase por medio de dibujos?
- Pedro. —Una vaca en aquel cuadro; un caballo en el otro; un trompo allí, etc.
- M. —Los dibujos, pues, no son más que la representación de un objeto, ¿verdad?
- N. —Sí, señor.
- M. —Díganos, Juan, lo que es un dibujo.
- Juan. —Un dibujo es la representación de un objeto.
- El maestro hará aquí una recapitulación de lo dicho y continuará así.
- M. —Ahora voy á hacerles un dibujo que representa la palabra rosa (antes habrá hecho pronunciar á varios niños clara y distintamente la palabra rosa, tratando de

que separen bien en la pronunciación los sonidos de las dos sílabas).

M. —Aquí tenéis el dibujo

ROSA

M. —Antonio, qué representa este dibujo? (señalándolo),

Antonio. —La palabra rosa.

M. —Este, es pues, el dibujo que representa en la escritura la rosa que tengo en la mano y que está pintada en el cuadro.

M. —¿Que dice aquí, Pedro? (señalando la palabra escrita).

Pedro. —Rosa (pronunciando separado) roo-saaa.

M. —Ya vemos que al pronunciar roo-saaa, dividimos la palabra en dos partes: roo y saaa. También podemos dividir el dibujo y representar abajo las dos partes así: (El maestro debajo de la palabra rosa y correspondiéndose las sílabas, escribirá en esta forma):

R O - S A

M. —Antonio, lea la primera parte.

Ant^o. —Ro.

M. —Juan, lea la segunda.

Juan. —Sa.

Aquí hará el maestro un ejercicio variado con todos los niños señalando él la sílaba que quiere y el alumno pronunciándola; también hará entrar en el ejercicio la palabra entera.

M. —Tomemos ahora la primera parte: RO y pronúncienla, bien separadamente, Pedro, Antonio y Juan. ¿Habéis notado cómo se distinguen en la pronunciación dos sonidos diferentes: uno, el primero, parecido al ruido de un carro que pasa por la calle RRRR y otro, el segundo, redondo y lleno, igual al que producen los arrieros para hacer que sus bueyes anden OOOO? Pues el dibujo que representa el sonido entero RROO puede dividirse también en dos partes, representando cada una de ellas, los dos que hemos separado, de la manera siguiente:

R — O

M. —Juan, ¿qué representa este dibujo? (señalando la R.)

Juan. —El ruido del carro.

M. —Antonio ¿y este otro? (señalando la O).

Antonio. —El sonido del arriero,

M. —Pues bien, de ahora en adelante seguiremos llamando al dibujo que representa el ruido del carro ó lo que es lo mismo, al primer sonido de la palabra *rosa* así: *erre*; y al segundo, como suena, O.

M. —Pedro, ¿cómo llamamos este dibujo? (señalando la R).

Pedro. —Erre.

M. —Juan, ¿cómo este otro?

Juan. —O-O.

El maestro repetirá con muchos de sus niños esas mismas preguntas, variando el orden de su nominación.

M. —Tomad ahora vuestras pizarritas. Estad muy atentos todos, pues trataremos de hacer cada uno en la suya la erre y la o que ya conocemos.

M. —(Poniendo una línea vertical en el tablero) ¿Qué hago?

N. —Una raya.

M. —¿Cómo es esa raya?

N. —Derecha.

M. —¿Y cómo está?

N. —Parada.

M. —Ponga entonces cada uno una raya igual en su pizarra. (Para atender á la disciplina el maestro habrá ordenado ya un sistema de señales cualquiera: p. ej. un golpe con la regla indica trabajo; dos, conclusión y tres presentación de pizarras, sin moverse el alumno de su asiento, pero levantando el brazo derecho. De esa manera podrá, con un simple paseo por la clase, cerciorarse de si todos han ejecutado el trabajo; cuáles bien y cuáles mal, pero no corregirá allí sino que se conformará con recordar qué niños lo han hecho mal. Más tarde vendrá la corrección.) Uno. Dos; tres, (paseo).

M. —(Poniendo la curva superior de la erre). ¡¡Atención!! ¿Qué hago?

N. —Otra raya.

M. —¿Y cómo es esta otra raya?

N. —Doblada (dirán unos) curva (otros). (El maestro repetirá: "curva").

M. —¿De qué lado he puesto la curva?

N. —A la derecha de la raya parada.

M. —¿Y dónde he principiado á hacer la curva?

N. —En la punta de arriba.

M. —¿A dónde concluye?

N. —En la mitad.

M. —Vamos pues á hacer todos lo mismo.

Uno. Dos; tres (paseo).

M. —Fíjense mucho en la manera cómo voy á concluir ahora con la erre. ¿Qué hice?

N. —Otra raya.

M. —¿Cómo es?

N. —Casi recta.

M. —¿A dónde comencé á hacerla?

N. —En la mitad de la raya parada.

M. —¿Y concluye en el extremo inferior de esa raya?

N. —Nó, no llega á ella.

M. —Vamos pues á hacerlo. Uno. Dos; tres, (paseo).

M. —¿Ya todos pueden hacer la erre?

N. —Sí, señor.

M. —Ahora cada uno hace dos erres en seguida de la que han hecho. Uno. (Mientras los niños se ocupan así, el maestro aprovecha el tiempo para acabar de ver cuáles lo hicieron mal. Puede notar que Juan puso, p. e., la curva á la izquierda del palito y que Antonio la hizo muy torcida).

M. —Dos; tres. Muy bien.

M. —Juan, venga al tablero y háganos la erre. Los demás pongen cuidado para ver si la hace mal.

M. —¿Está bien?

N. —No.

M. —Antonio, qué tiene de malo?

- Antonio —Que las curvas deben estar al otro lado.
- M. —Juan, corríja y hágalo bien.
- M. —Antonio, venga á hacer otra erre.
- M. —¿Está bien?
- N. —No.
- M. —Pedro, qué tiene de malo?
- Pedro —Que está muy torcida.
- M. —Venga, pues y hágasela como debe ser. Bien. Ahora Antonio y Juan van á corregir en sus pizarras el trabajo porque está malo.
- M. —Ahora vamos á hacer la O que es muy sencilla ¿á qué se parece?
- N. —A una rueda; á un aro, etc., etc.
- M. —Igualmente gruesa en todas sus partes?
- N. —No, á los lados más gruesa; arriba y abajo más delgada.
- M. —Vamos á hacerla pues. Uno. Dos; tres. Muy bien, todos la han hecho perfectamente. (De seguro que ningún niño encontrará dificultad al hacer esta letra).
- M. —Ya sabemos pues hacer dos letras ¿cuáles Antonio?
- Antonio —La erre y la o.
- M. —(Haciendo la erre) ¿Qué hago?
- N. —La erre.
- M. —Háganla Uds.
- M. —(Haciendo la O á continuación de la erre). ¿Y ahora?
- N. —La o.
- M. —Háganla Uds. lo mismo que yo.
- M. —¿Cómo suenan juntas?
- N. —Ro.
- M. —¿Qué representa la primera?
- N. —El ruido del carro.
- M. —¿Y la segunda?
- N. —La voz del arriero.
- M. —(Señalando la palabra entera, Rosa). ¿Cómo dice aquí?
- N. —Rosa.
- M. —¿Qué representa esa palabra?
- N. —Los objetos que se encuentran en los jardines.—Otros dirán: esa flor que está en el pupitre, etc.
- M. —Vamos ahora á la segunda parte de la palabra Rosa. ¿Cuál era Pedro?
- Pedro —Sa.
- El maestro hará con sus discípulos sobre la sílaba sa, un ejercicio análogo al que dejamos apuntado para Ro y al concluir tendrá en el tablero esta combinación

R O S A
R O - S A
R - O - S - A
R O - S A
ROSA

sobre la cual puede hacer numerosos ejercicios para que queden mejor grabadas en la mente del niño la forma de la palabra y la imagen que representa. Puede luego disponer, si el tiempo lo permite, un ejercicio de la manera siguiente: entre letras desconocidas que tengan alguna semejanza con las cuatro ya vistas se intercalan estas últimas en número variado y hará después que los niños busquen y señalen las *res*, las *erres*, las *es* y las *ces*. Así por ejemplo:

B S N R M A
R E O C S Z
G O S V A R .

Concluirá la lección encargando á los niños que para el día siguiente traigan hechas en sus pizarras tres *oes*, tres *erres*, tres *eses* y tres *aes*.

(Continuará.)

Extractos de visitas.

III.

En el mes de Julio ppdo. visité, entre otras, la escuela de niñas de, y ella será objeto de este trabajo. No me propongo herir en manera alguna la susceptibilidad de las maestras: mi propósito es solamente el de hacer observar los defectos apuntados en la visita, con el fin de que en lo sucesivo no se incurra en los mismos errores.

Revisados los libros de Matrícula y Registros de ausencias y notas diarias, se encontraron llevados de conformidad.

Con respecto á la organización del plantel traté de enterarme de ciertos detalles y encontré algún descuido, censurable, por parte de la Directora: no hay en la escuela un horario fijo al cual deban ceñirse estrictamente las maestras para dar sus lecciones; cada una, atendiendo á la mayor ó menor importancia de determinada asignatura, emplea más ó menos tiempo en darla. Es preciso, á todo trance, corregir esa falta formulando un horario y exigir que cada maestra lo tenga á la vista, pues es muy conveniente que tanto maestros como alumnos sepan con exactitud el tiempo que deba durar cada lección; además no es dable que una lección se prolongue más de 45 minutos, porque al fin los niños se fastidian de oír una misma cosa y, como dice Fitch, "No es razonable contar con una atención continua y sostenida por más tiempo."

Otra de las faltas que apunté, es la de no llevarse ni por casualidad desarrollo alguno *escrito* de los programas oficiales, y de ahí la causa de la perplejidad que noté en las maestras al dar sus clases. Por más que muchos maestros se empeñen en afirmar que muy bien se puede dar una lección sin prepararla antes, me inclino á creer lo contrario. En efecto, aunque el maestro domine la materia que va á tratar, de todos modos es indispensable que formule un plan determinado para el desarrollo de su tesis; de lo contrario, no obtendrá un resultado eficaz y no podrá evitar que queden olvidados puntos importantes de la lección. (1)

Obligue, pues, la Directora á que trabajen las demás maestras llevandó el desarrollo de los programas del grado que tengan á su cargo y que proceda también á establecer las conferencias semanales de que habla el "Reglamento de las Escuelas Graduas." (2)

(1) Véase en el número anterior de este Boletín, página 25 y 26, la primera conferencia sobre los deberes de los institutores primarios.

(2) Véase en la página 22 de este Boletín el artículo *A los Directores de Escuela*.

LOCAL, MUEBLAJE Y ÚTILES.

El local donde se encuentra instalada esta escuela es propiedad de la Junta de Educación y tiene las comodidades necesarias. Las cuatro aulas con que cuenta son suficientes para contener más de cien alumnas.

El mueblaje escolar es de lo mejor; sólo en cuanto á útiles hay escasez; entre ellos hacen falta algunos de suma importancia: un reloj, sobre todo, es indispensable que lo haya.

INSPECCIÓN DE LAS CLASES.

Alumnas matriculadas, 73;
id presentes 43.

Quise imponerme de los métodos de enseñanza adoptados en las clases y al efecto pasé al 2º grado; no había más que 6 alumnas presentes.

Aritmética. La maestra me dijo que á esa hora (la 1 p. m.) debía dar una lección de Aritmética.

Habiendo notado que en vez de dar la lección trataba de hacer un examen en mi presencia á las alumnas, manifestéla que deseaba presenciara la lección tal como de ordinario acostumbraba darla, con el objeto de imponerme del método que ella empleaba en la enseñanza de la referida asignatura, y que yo examinaría la clase á continuación; con todo no pude conseguir mis deseos puesto que continuó el examen.

En Geometría sucedió igual cosa: la maestra no se ajusta á lo prescripto por los programas y así no es raro ver que las alumnas contesten á preguntas concernientes á los últimos puntos del programa y que no suceda lo mismo en cuanto á los primeros.

Resumiendo digo: que no es bueno el sistema de enseñanza empleado en este grado, al menos en cuanto á estas dos asignaturas se refiere; en Geometría procúrese *objetivar* más las lecciones y evitar en lo posible las definiciones de difícil comprensión para las alumnas.

3er. Grado. Niñas presentes, 6. La Maestra lleva bien sus registros, pero observé que ni siquiera tenía á la vista el programa para seguir algún orden en las lecciones.

Castellano. Para esta asignatura se sigue un buen método de enseñanza; encontré adelanto en la clase; se ha avanzado más de lo prevenido en el programa. Aconsejaría á la Maestra que tuviese más cuidado para corregir la mala pronunciación de las niñas en algunas palabras.

1er. Grado. Alumnas asistentes, 12.

Lecciones sobre objetos. La Maestra me manifestó de antemano que muy poco había hecho en esa asignatura, porque la juzga poco interesante y de menos importancia para las alumnas que otras materias como la Lectura y la Escritura.

Mucho me gustaría que se tuviese otro concepto acerca de la referida asignatura; de ella no se debe prescindir en las escuelas primarias y mucho menos en el primer grado. Los modernos sistemas de enseñanza tienen su fundamento precisamente en las lecciones objetivas, las cuales deben utilizarse en la Aritmética, en la Geometría y en todas las demás asignaturas de nuestros programas. (3)

Lectura. Mal método de enseñanza en este grado. Se debe dedicar mucho cuidado á la explicación de las palabras leídas, no conforme las define el Dic-

cionario, sino con explicaciones sencillas y en lenguaje familiar á las niñas.

Preparatoria. Estaba ausente la Maestra, con permiso de la Directora. Las 19 alumnas que había presentes estaban encargadas á la maestra de primer grado.

NOTA: Habiendo solicitado por el Presidente de la Junta local de enseñanza ó alguno de los vocales propiciarlos para que me acompañasen en la visita, se me informó que estaba fuera de la población.

Parece que la mala asistencia escolar es debido á la poca actividad de aquella Corporación.

Una vez que hice las observaciones necesarias á la Directora, dí por terminada mi visita.

San José, 4 de Agosto de 1892.

Los libros.

Si pidiese la definición de un libro, inquietaría á muchas personas. Se sabe que es un conjunto de hojas de papel sobre las que han impreso caracteres. Pero lo que constituye verdaderamente el libro no son las hojas de papel. Un libro es una voz que habla; es el pensamiento vivo de una persona separada de nosotros, por el espacio ó el tiempo; es un alma. Los libros reunidos en una biblioteca, si los vemos con los ojos del espíritu, representan para nosotros las grandes inteligencias de todos los siglos, que están allí para hablarnos, instruirnos y consolarnos. Notadlo bien; es la única cosa que dura: los hombres pasan, los monumentos caen en ruína. Lo que queda, lo que sobrevive es el pensamiento humano. Se dice que Molière ha muerto; no lo creo. No nos habla bajo la máscara de Alceste? Mme. de Sevigne se pretende ha sido enterrada en 1696. No es cierto: ayer la he oído regañar á su hija. La conozco como conozco á Coulanges, á Mme Lafayette, á Dussy, á Racine y á todos sus amigos. Todo ese mundo vive allí y vivo con ellos. Però esa amable sociedad está cerrada para el que no lee, mientras el mundo de las bellas letras está abierto al que sabe leer. Ese es el mundo que queremos abrir y mostrar á los ignorantes. Pensad que trabajamos con todas las fuerzas de las generaciones pasadas. Esa es la razón porque nuestros antepasados han hecho saludables los pantanos, arreglado la pendiente de las aguas, levanta lo ciudades, haciendo que vivamos de un modo distinto á los salvajes. Gracias al capital acumulado por nuestros padres, resistimos al frío y al hambre. Existe un enorme capital intelectual á disposición del que sabe leer, y ese capital es el que queremos llevar al alcance de todos.

LABOULAYE.

Lo que conocemos de la Tierra.

(CONTINUACIÓN.)

En el hemisferio Norte hay dos focos de fuerza máxima y de intensidad desigual: el más poderoso se halla como en latitud 52° N., longitud 92° O., cerca de los grandes lagos Americanos, y el más débil en latitud 65° N., longitud 115° E. en la Siberia. Para el hemisferio Sur, los datos utilizables son menos numerosos, y la determinación de

(3) Véase en otro lugar *Artículos pedagógicos*, II.

los focos de fuerza merece menos confianza. Sin embargo, se cree que aquí también hay dos puntos de intensidad máxima, ó casi de igual fuerza, no lejos uno de otro, el uno en latitud 65° S., longitud 140° E. y el otro en latitud 50° S., longitud 120° E.

La unidad asumida para medir la fuerza magnética, adoptando bases inglesas de pesas y medidas, sería la que impartiría á un peso de un grano una velocidad de un pie en un segundo de tiempo.—En esta escala la fuerza magnética, donde es menor, se encuentra que da 6,0; los máximos septentrionales son 14, 2 y 13, 3 respectivamente, y cada uno de los meridionales 15, 2. La declinación, ó variación de la dirección de la aguja del verdadero meridiano, es una consecuencia de estas fuerzas desiguales que actúan sobre ella, la tendencia oriental ú occidental de la aguja, (según el caso), sigue la posición geográfica del lugar de observación, en relación con los varios focos de fuerza, con un resultado general bastante complejo.—Hasta el paralelo diez y seis de latitud, Norte ó Sur, la declinación, ya oriental ya occidental, rara vez pasa de 30° y hablando en términos generales, es oriental en el Pacífico y occidental en el Atlántico y el Índico.

Cerca de los polos, la fuerza directiva del magnetismo terrestre se reduce mucho y la aguja magnética pierde la seguridad y casi no sirve de nada.—La naturaleza y modo de obrar del magnetismo, y los fenómenos aliados de la electricidad, continúan siendo objeto de especulación, no habiéndose presentado ninguna explicación de ellos, como las que se refieren al calor y á la luz por las vibraciones de un medio elástico. Nuestros conocimientos de los fenómenos del magnetismo terrestre por tanto aún permanecen en estado empírico; sin embargo, ellos muestran que el magnetismo de la tierra está distribuido por toda su masa, y que la fuerza magnética, ó del todo ó principalmente, reside en el interior, y no puede atribuirse á influencias externas, aunque puede ser afectada por ellas.

Es dudoso si las variedades del aspecto geográfico de una región tengan ó no influencia en la distribución de esta fuerza.—La observación demuestra que todos los elementos del magnetismo terrestre no sólo varían de lugar á lugar, sino que también varían de tiempo en tiempo, siendo las variaciones en algunos casos periódicas y dependientes de la hora, del día ó de la estación del año, y en otras extendiéndose, sin tendencia aparente de periodicidad, por considerables espacios de tiempo. La manera como ocurren estas variaciones es aún materia de investigación, y sus causas son dudosas, pero los cambios diurnos y anuales están probablemente en relación con los cambios de la temperatura de la tierra ó su atmósfera, y pueden ser modificados por las condiciones geográficas.

Los cambios no periódicos registrados, son muy extensos. Estas variaciones han sido atribuidas por algunos á los cambios que se operan en la condición interior de la tierra, y por otros á influencias externas; pero continúan figurando entre los más oscuros de los fenómenos físicos. Además de las variaciones arriba mencionadas, hay otras alteraciones irregulares en las indicaciones de la aguja magnética, de corta duración, y que algunas veces se designan con el nombre de tempestades magnéticas. Ocurren con una frecuencia que

muestra tendencia á la periodicidad, diurna ó anual, y á menudo casi simultáneamente en lugares distantes de la tierra, con efectos casi idénticos, y con notable aumento de intensidad al aumentar la latitud. De igual manera exhiben un período de intensidad y atenuación que coincide con el que se observa en el área de las manchas del Sol, dando así motivos adicionales para conectarlas con las modificaciones de la condición magnética ó eléctrica de la tierra ó atmósfera, originadas de alguna manera por la acción del Sol. La conexión probable de estas alteraciones con la condición eléctrica de la atmósfera, se indica por su frecuente ocurrencia simultánea con la aparición de la aurora y con las corrientes terrestres eléctricas. La frecuente, si no continua exhibición de la aurora en la vecindad de los polos magnéticos, sugiere además una relación entre las condiciones eléctricas y magnéticas de la tierra.

La naturaleza real de estos fenómenos, sin embargo, está muy imperfectamente averiguada.

La observación y el pensamiento arrojaron al descrédito las antiguas cosmogonías, y demostraron que éstas no podían dar solución satisfactoria á los problemas que les sometía el progreso del saber.

Si los mitos extravagantes de origen asiático, que poblaron la tierra hace millones de años, de razas de semidioses antropomórficos y héroes descendidos del sol y la luna, no pudieron soportar la prueba de los hechos, tampoco salieron mejor libradas aquellas tradiciones que recorren el velo que cubría la tierra, y nos la muestran plenamente equipada con todas las formas de la vida actual y especialmente preparada, hace unos pocos miles de años, para ser la habitación del hombre. La observación exacta nos ha proporcionado prueba satisfactoria de que la superficie de la tierra con todo lo que contiene ha sufrido una evolución á través de innumerables siglos, por un procedimiento de cambio constante. Aquellos distintivos que á primera vista parecen como más permanentes, sufren sin embargo en detalle, perpetua modificación, bajo la influencia de fuerzas que son inherentes á los materiales de que está hecha la tierra, ó bien se desarrollan por sus movimientos, ó por la pérdida ó adquisición de calórico. Toda montaña, por alta que sea, se aplanan; la roca, por dura que sea, se gasta; y el mar, por profundo que sea, se llena.

Los agentes destructores de la naturaleza están en actividad incesante, la fuerza disolvente y corrosiva del agua en sus varias formas, las fuerzas desintegrantes del calor y el frío, las modificaciones químicas de las sustancias, los efectos mecánicos producidos por los vientos y otros agentes, la obra de los organismos, animal y vegetal, y las artes y recursos del hombre, se combinan en la guerra contra lo que existe. Pero mano á mano con esta destrucción, digo mal, como parte de ella, encorramos por doquiera correspondiente reconstrucción, porque la incansable naturaleza inmediatamente construye lo que acaba de destruir. Si los continentes desaparecen en una dirección, vuelven á nueva existencia en otra. Aunque el Océano destruya los escollos contra los cuales se estrella, la tierra se venga, levantando el lecho del Océano.

(Continuará.)

ALMACEN NACIONAL ESCOLAR.

CIRCULAR

á los Presidentes de las Juntas de
Educación.

Ha llegado á oídos del Jefe de este departamento que algunas personas, abusando de nuestra buena fe y de su calidad de Directores de escuela, se han permitido hacer compras de libros y útiles de enseñanza, por mayor, á nombre de la Junta de Educación, para revender en sus establecimientos particulares.

Como eso es absolutamente prohibido, y á fin de que no se repitan en lo sucesivo abusos de la misma naturaleza, he recibido instrucciones superiores para prevenir á U. que, en adelante, siempre que tenga necesidad de recomendar á alguna persona para hacer compras en este Almacén, de útiles y libros de enseñanza, por cuenta de esa Junta y para el servicio exclusivo de las escuelas, se sirva extenderle la debida autorización, marcada con el sello respectivo y firmada de su letra y puño.

Aprovecho esta oportunidad para ofrecerme de U. su atento seguro servidor,

FRANCISCO LEAL,
Almacenista.

San José, 26 de Julio de 1892.

Señor Inspector de Escuelas
de la provincia de Alajuela.

{ Escuela de varones de
Candelaria del Naranjo. 1º de Agosto de 1892.

Hasta ayer tuve el grato placer de ver en mis manos el primer número del "Boletín de las Escuelas Primarias", órgano de los intereses de la Educación Común.

Con marcado interés me he impuesto de su contenido, y plausible me parece la idea feliz que el señor Inspector General de Enseñanza le ha sugerido al dar á luz pública un órgano de comunicación entre los Inspectores y los maestros y Juntas de Educación Común. Basta imponerse uno del prospecto ó primer artículo que le encabeza, para admirar y aplaudir con sinceridad los elevados fines y plausibles beneficios que está llamada á realizar tan importante publicación.

Felicito sinceramente al Supremo Gobierno por la benévola acogida que da á un órgano como ese de vital interés para la instrucción pública, proporcionándonos por este medio mayor desarrollo y rápido progreso en la hermosa carrera del Magisterio, y por tener al frente de la instrucción primaria, á personas que por su ilustración irreputable y elevado patriotismo, trabajan sin descanso y con acierto en la grandiosa obra de la educación popular.

Sírvase, señor inspector, hacer presente al Supremo Gobierno, á mi nombre y al de esta escuela, nuestras felicitaciones, como también, al señor Inspector General del ramo y dignos colaboradores del "Boletín de las Escuelas Primarias".

Soy de Ud. muy attº y seguro

servidor,

Ramón Rojas S.

FUERZA DE VOLUNTAD

ó

Notabilidades Modernas,

POR DANIEL O'RYAN

CAPITULO I.

Esfuerzo propio.

La Cámara de los Comunes siempre contó en su seno bastantes miembros que todo se lo debieron á sí propios, y que por eso mismo retratan á lo vivo el carácter industrioso del pueblo británico. En honor de aquel ilustre cuerpo, hay también que decir que acostumbra tributarles una justa consideración.

Cuando el difunto Joseph Brotherton estuvo refiriendo, durante la discusión del bill de las diez horas (1), con un sentimiento verdaderamente dramático, las privaciones y fatigas mientras fué aprendiz en una fábrica; y cuando manifestó que desde entonces había jurado aliviar la suerte del operario, si la suya propia alguna vez lo permitía, apresuróse sir James Graham á tomar la palabra y, en medio de los aplausos de la Cámara, hizo presente que hasta aquel momento no había tenido noticia del origen del precipitante; pero que él, por su parte, se preciaba más aún, á causa de esto mismo, de pertenecer á una asamblea en que los varones salidos de semejante condición podían llegar á sentarse al lado de la nobleza hereditaria del país.

Otro miembro hubo recientemente que solía complacerse en repetir: "Cuando yo era tejedor en Norwich...."

Tampoco hace muchos años que el conocido armador de Sunderland, Mr. Lindsay, refería así su historia ante los electores de Weymouth: "Á la edad de catorce años quedé huérfano, y entregado á mí mismo para abrirme camino en el mundo. No tardé en emprender un viaje desde Glasgow á Liverpool. Todo mi caudal se reducía á cuatro chelines y seis peniques (2). Lo miserable de mi facha hubo de inspirarle compasión al capitán del vapor, pues me ofreció de balde el pasaje, si le arreglaba la carbonera. Acepté con mil amores; y de este modo hice la travesía. El fogonero compartió conmigo su modesta comida, y puedo asegurar me supo mejor

(1) Ley que tiene por objeto limitar á diez horas el tra-
bajo diario en las fábricas.

(2) Un duro próximamente.

que ninguna otra hasta allí, por ser la primera realzada con mi sudor. Siete semanas anduve dando vueltas por Liverpool sin encontrar acomodo. Durante ese tiempo, me albergaba en un cobertizo y me mantenía de los cuatro chelines y seis peniques. Por fin, me ajusté de grumete á bordo de uno de los buques de la India. Apenas había cumplido los diez y nueve años, ya mandaba una embarcación. Á los veintitrés me retiré del mar. Mis parientes, de quienes nada recibí cuando lo hubiera necesitado, me legaron entonces lo que no podían llevarse al otro mundo. Establecíme en la costa, y mi carrera continuó siendo próspera, gracias á una extraordinaria laboriosidad y persistencia, y á la máxima de no confiar sino en mis propios esfuerzos, y hacer con los demás como uno quisiera que ellos hiciesen con nosotros mismos."

La clase media no ha cesado igualmente de echar vigorosos retoños en todas direcciones. Sir Isaac Newton (3), varón quizá el más eminente entre los sabios británicos, fué hijo de un pequeño propietario, así como el astrónomo Adams, descubridor del planeta Neptuno.

Á los hijos del clero protestante les ha cabido la fortuna de señalarse extremadamente en la historia del país. Aparte de otros muchos, fueronlo Drake (4) y Nelson (5), egregios marinos; Wollaston, Young, Playfair y Bell, célebres en las ciencias; Wren (6), Reynolds (7), Wilson y Wilkie, en las artes; Thurlow y Campbell, en la magistratura; Addison, Thomson, Goldsmith, Coleridge y Tennyson, en las letras; y lord Hardinge, el coronel Edwards y el comandante Hodson, en las guerras de la India. De cuya vasta colonia puede casi decirse que se ganó y conserva por individuos de la clase media.

Entre los hijos de curiales, están Milton (7) Edmund Burke (8) Smeaton (9) el ingeniero, Scott (10), Wordsworth, y los lores Somers, Hardwick y Dunning.

Sir William Blackstone (11), Pope (12), Southey

(3) (1642-1727) matemático, astrónomo y físico. Á la edad de veintitrés años había ya hecho sus principales descubrimientos: el del binomio, que lleva su nombre, y el del cálculo infinitesimal. Un año después (1666) formuló la teoría de la gravedad universal y del sistema del mundo.

(4) Francis Drake (1545-1594), uno de los marinos ingleses que más fomentaron el poder naval de su país.

(5) Horace Nelson (1758-1805), célebre almirante cuyas principales victorias fueron las del Nilo y Trafalgar. Antes de dar la señal para este último combate, en que perdió la vida, dirigió á sus subordinados las sencillas, sublimes y memorables palabras siguientes: "Inglaterra aguarda que todos cumplan hoy con su deber."

(6) Christopher Wren (1632-1723), reputado arquitecto, constructor de la catedral de San Pablo de Londres.

(7) Joshua Reynolds (1723-1792) ocupa el primer rango entre los pintores ingleses á causa de su fecundidad, su vigor, su buen gusto y su colorido. Sobresalió en retratos, y fué además un escritor notable.

(8) John Milton (1608-1674), autor del poema titulado *El Paraíso perdido*, y otros.

(9) (1730-1797) célebre orador y publicista.

(10) John Smeaton (1724-1792), constructor del actual faro de Eddystone, cuyos cimientos hizo en forma de raíces de árbol, para que así pudieran resistir el extraordinario embate de las olas, que antes habían destruido otras obras allí.

(11) (1771-1832) reputado poeta y novelista escocés.

(12) (1723-1780) autor del *Cementario sobre las leyes inglesas*.

y lord Macaulay, hijos fueron de comerciantes. El padre de lord Gifford tenía una tienda de comestibles; el de lord Denman era médico; el de Talfourd, cervecero, y el del primer lord barón Pollock, un guarnicionero de Londres. Layard (13), descubridor de los monumentos de Nínive, fué pasante de un abogado. Sir William Armstrong, inventor de las máquinas hidráulicas y los cañones que llevan su nombre, ejerció algún tiempo como procurador; Keats tuvo una droguería; sir Humphri Davy sirvió de mancebo en una botica; y de guardia marina Richard Owen, aquel Newton de la historia natural.

En todos esos casos, sólo se llegó á la meta en fuerza de gran trabajo; que las palmas nunca están al alcance de la desidia. Ni ricos ni pobres heredan ciertas excelencias. Para recogerlas, hay que sembrarlas. Así fué que, instado por un hermano suyo muy holgazán un antiguo obispo de Lincoln para que le hiciese hombre de provecho, dijo: "Hermano, si una carreta se os rompe, yo pagaré la compostura; si un buey se os muere, yo os compraré otro; pero volveros hombre de provecho es bastante más de lo que yo puedo hacer: campesino os encontré, y campesino habré de dejaros."

(Continuará.)

(13) Alexander Pope (1688-1744), afamado poeta y crítico.

Notas varias.

NOS HAN visitado *El Día* y *La Libertad Cristiana*, de esta capital, y *La Enseñanza Popular*, de Lima. Correspondemos gustosos el canje y deseamos muchos años de vida á los nuevos colegas.

LA JUNTA de Educación de Alajuelita es merecedora de sincero aplauso por el interés con que sus miembros atienden las escuelas y por el entusiasmo con que trabajan. Pronto publicaremos una reseña de todos los actos de las Juntas Escolares, dando así á conocer las que se distinguen en el cumplimiento de sus deberes.

EL DIRECTOR de este Boletín ha sido honrado con el nombramiento de vocal del Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano que se reunirá en Madrid en la segunda quincena del próximo mes de Octubre. Igual distinción han recibido, que sepamos, don Carlos Gagini y don Francisco Ulloa Mata.

MUY de nuestro agrado sería que los Directores de escuela nos enviaran cada mes un informe detallado relativo á la marcha de sus respectivos planteles, indicándonos á la vez los nombres de los alumnos que se distinguen y que merezcan, en premio de sus buenas cualidades, una especial mención. De esta manera lograremos estar al tanto de todas las necesidades en cada escuela y dar cumplimiento á lo que en nuestro primer editorial ofrecimos.

LA SECRETARÍA de Instrucción Pública se ocupa actualmente en Reglamentar el Decreto n.º 2 de 4 de los corrientes.

MOTIVOS poderosos han impedido de todo punto á nuestro Director ocuparse personalmente en el arreglo y confección del presente número de este Boletín.

Tip. Nacional.